

3 de mayo de 2020

¡Gracias!

Luis Angel López

*[Mandy] quería ser un hombre homosexual
para ser odiada y rechazada como ellos,
para enseñarles a no odiarlos,
para que ya no sufran por culpa de ustedes.
–Jesucristo*

Yo era muy pequeño e inocente y no sabía qué era la homosexualidad. No sabía de prejuicios ni pecados, como algunas personas intolerantes que se creen perfectas entienden de pecados, pues el ser homosexual no es ningún pecado, sino que pecan los que los odian y los juzgan. Descubrí que me atraían los hombres, y no sabía si era bueno o malo amarlos. Al ir creciendo, iba conociendo la maldad del mundo y temía convertirme en el objeto de las burlas de los demás, pues me daba cuenta de que cuando bromeaban en verdad se reían de mí.

Cuando estaba en sexto grado conocí a una persona muy especial que me hizo creer en la gallardía: aquel buen chico, el atleta más guapo en mi clase de educación física, hermoso por dentro y por fuera, quien, sin siquiera conocerme ni ser mi amigo, siempre me defendía de ese bravucón que se burlaba de mí por mi acento español, cuando apenas empazaba a aprender inglés y rodaba mis r's ("herre"). ¡Pobrecillo! Parecía que necesitaba hacerme sufrir para poder sentirse bien consigo mismo, puse yo jamás lo ofendí ni le hice daño. Pero el caballero de brillante armadura siempre venía a mi rescate y me salvaba del dragón. Le tenía miedo y era todo lo que él no podía ser: el más guapo y popular de la clase, un niño con un corazón valiente y un hombre de verdad. Eso pasó algún tiempo antes de que yo supiera que era homosexual. Después sufrí tanto en manos de mis compañeros de escuela que se me olvidó por completo ese bello gesto de amor.

No sé porque me defendió tantas veces. Yo jamás supe su nombre. Tampoco recuerdo jamás haberle agradecido, y eso me duele mucho en el alma, mucho más que todo el daño que me pudo haber hecho ese cobarde. Sólo me quedaba ahí parado en silencio, mientras él me defendía, sin poder decir nada. Mas no fue porque no lo valorara, sino que simplemente cuando eres una víctima, muchas veces no sabes qué hacer ni qué decir. Me parece recordar cómo le decía que se metiera con alguien de su tamaño y me dejara en paz. Y después me iba a jugar tranquilamente. Un año más tarde me cambié de escuela y nunca más volví a ver al caballero de brillante armadura.

Ahora le diría estas palabras: al escribir ésto, te pienso con muchas lágrimas en los ojos como no te puedes imaginar, lágrimas de amor y no de tristeza, porque te recuerdo con mucho amor (un amor puro porque yo estaba enamorado de mi primer amor) y con mucho cariño, y jamás te volveré a olvidar. ¡Cuánta falta me hizo un amigo como tú que me defendiera durante ese infierno que fue mi adolescencia! Gracias por todo tu amor. Ahora te colmaré de regalos y bendiciones para que siempre seas muy feliz. Que Dios ilumine tu camino y te proteja siempre.

En la secundaria, yo jamás tuve un solo amigo que me defendiera de los acosos, las humillaciones, los insultos y las burlas de mis compañeros por ser homosexual (hasta algunos de mis maestros se llegaron a burlar de mí). Yo no quería que nadie se enterara por temor. No era femenino ni me portaba como homosexual (si tal cosa existe). Pero en veces al hablar el demonio cambiaba el tono de mi voz, aunque yo no lo notara, para que todos se burlaran de mí y hacerme sufrir. Fue así como se enteraron. A tan corta edad, eran crueles y malvados. No quiero recordar todo el daño que me hicieron, que Dios sabe cuánto me hicieron sufrir.

Solamente diré cómo me hervía la sangre aquel día cuando uno de mis compañeros que más me odiaban, un homófobo sadista, se burlaba de una compañera porque su hermano tenía una discapacidad mental, y lo imitaba con movimientos grotescos y sonidos espantosos, mientras ella le decía que no era su culpa que fuera así, hasta que por fin la hizo llorar. Yo no podía hacer nada porque eran más fuertes que yo y mis manos estaban encadenadas, y eso me enfurecía aun más porque no podía gritarle que la dejara en paz. Yo sólo deseaba con todo mi corazón que la dejara de atormentar, pero los segundos se convertían en minutos y los minutos en horas, y nadie hacía nada. Pero quizá Dios me escuchó, porque si hubiera continuado solo un momento más, me hubiera olvidado que él era el fuerte y yo el débil y lo hubiera enfrentado con todas mis fuerzas para defenderla a ella (no a mí). Por lo menos estaba yo ahí para que se burlaran de mí y no de ella ni de nadie más por tres largos años que parecían una eternidad.

Pero los problemas siempre se quedaban en la escuela por temor a la verdad. Yo jamás pude confesarle a mis padres mi secreto. Tiempo después conocí a la Señora Lucy, un angelito de Dios que el Señor se llevó muy pronto porque la extrañaba mucho. La primera vez que me vió me pidió que si podía darme un abrazo, pues me dijo que Dios muy rara vez enviaba gente como yo al mundo y estaba muy contenta de verme. Una vez que me abrazó, no quería que me soltara, pues yo también la amaba mucho aunque no la conocía. Y así quedamos abrazados por largo rato, aunque no lo suficiente. Ella también brillaba con la Luz Bendita del Señor, así como mi mamá y como yo. Y después de que me dejó ir, sólo quería que me volviera a abrazar. No quería que me fuera de su lado porque quería protegerme de todo el dolor que mis enemigos me causarían. Y cuánta falta me hizo después de que se fue...

Ella me aconsejó que les dijera a mis padres la verdad, pues, sin decirme nada, sabía que más tarde sería más difícil (aunque yo también lo sabía). Me dijo que un día sabría lo que significaba ser homosexual, y me dijo que mi estrella era pequeña, pero se volvería grande ya que les dijera; una vez que mis cadenas calleran y finalmente fuera libre. Pero yo nunca tuve el valor de decirles la verdad; no sé si fue por todo el daño que me hicieron en la escuela y tanto sufrimiento, o porque tenía miedo de que ellos también me rechazaran. Y el tiempo pasó, y solamente se enteraron cuando les dije que estaba enfermo, por recomendación de un trabajador social del Hospital de Niños. Pero después me arrepentí tanto, pues no hay ninguna otra persona en el mundo que yo ame más que a mis padres, y jamás quise que sufrieran por mi culpa.

Y ahora ¿dónde están los que me tomaban para sus burlas? Dios ha querido confundir la belleza, la sabiduría y el poder de los hombres al mandarme a este mundo a sufrir por ellos para que ellos pudieran ser felices. Los que me rechazaban y hasta me llamaban feo se enamoran de mí la primera vez que me ven. Los que se burlaban de mí porque me gustaban los hombres, en verdad se burlaban de la mujer que tanto los amaba. Me juzgaban y decían que no podía ser un

siervo de Dios solamente por ser homosexual. Pero mi Padre me regala tantos milagros, a mí que sólo soy un pecador, que ni se pueden contar, como las estrellas del cielo y la arena del mar, y a esa gente decente nunca les regala nada. El Señor Todopoderoso ha puesto a mis enemigos que tanto me odiaban a mis pies, y ha humillado todo su poder y su orgullo. Gracias, Padre, por todo Tu Amor y Tu Misericordia. Bendito seas por siempre. Que Tu Santa Voluntad se cumpla siempre en mí para Tu Santa Gloria y Tu Felicidad Bendita.